

Y si no, ¿cómo hacés?

Estanislao Antelo (Pedagogo)

Es una buena ocasión para recordarles a los amantes de la innovación que la educación vive de la conservación. No parece poder haber una educación que en un punto no sea conservadora. Aprendemos eso tempranamente. Transmitir es dar el mundo y para dar el mundo es preciso apropiárselo previamente. Enseñar lo conservado, eso es educar. El contacto con lo viejo (y con los viejos), con los muertos y con ciertas prácticas ligadas a la custodia, el acopio, el registro y la colección -así como con otras vinculadas a la distribución y el reparto- es inevitable. Tan inevitable como la disposición de un ejército selecto de agentes encargados de practicar ese reparto entre las nuevas generaciones. Cuando una educación tiene lugar se pone en marcha la maquinaria que fabrica patrimonios y oferta repertorios.

Lo difícil es soportar no saber demasiado sobre el destino de lo que se transmite. Lo escandaloso es aceptar que en cuestiones de educación el que manda es siempre el otro. Es el otro el que decide trabajar a su antojo, sin demasiadas restricciones, sobre lo conservado pacientemente. Los formadores de conciencias no soportan el derecho a la indiferencia. Los motivadores profesionales, la negativa a participar del intercambio.

Es cierto que se conserva con afanes bien diferenciados. Por un lado, se conserva para protegerse del carácter inexorable de la variación, del movimiento y de la libertad que presupone la intervención que todo destinatario realiza sobre lo conservado. Es decir se conserva por temor. ¿No es esa quizás la definición más ajustada de “conservadurismo”? Por el otro, se conserva para luego poder suministrar las guías para obrar en lo sucesivo que faltan en la cría inmadura y débil, al nacer. Es decir que se conserva para hacer posible la vida. No hay otra chance que conservar para suministrar.

Sabemos que los conservadores temen lo joven y lo condenan. Incluso algunos conservadores jóvenes (abundan en el terreno pedagógico) odian a los jóvenes. Les producen envidia y escozor. Olvidan que lo/s Viejo/s está/n para ser abandonados. La asimetría no es dominación sino anterioridad fundadora. Que uno más viejo sepa más no se traduce en una pedagogía carcamán, tan familiar, tan vitalmente rancia. El prestigio de lo Viejo radica en su distorsión. En educación también se trata de hacer que lo viejo (y los viejos) digan otra cosa.

Si reunimos con Alejandro Vagnenkos -por iniciativa de Alejandra Birgin- la serie de relatos de viejos maestros que componen el documental denominado *Memorias del Futuro*, 1365 años de enseñanza, fue, entre otras razones, porque los amamos. No a ellos, claro. Amamos en ellos la señal de un rumbo por tomar, las huellas de una tarea por venir, el testimonio de un trabajo por

hacer y la magnitud de un esfuerzo por crecer. Rumbos, tareas, testimonios y esfuerzos. Eso es lo que verán en sus relatos, que ni siquiera son viejos. No son viejos pero tampoco jóvenes. Son memorias del futuro. Es decir, relatos que se ofrecen sin temor al antojo de las nuevas generaciones. Eso sucede rara vez y no es sin esfuerzo, y por eso mismo hay que celebrarlo. O como dice *Mery*, la más antigua de todas las maestras que aparecen en el documental: “*Y si no, ¿cómo hacés?*”